

EDITORIAL

La medicina y las ciencias biológicas están llenas de epónimos. En torno a los síndromes y las estructuras macroscópicas o microscópicas del organismo (el síndrome de Usher o el asa de Henle, por ejemplo), los libros de texto y los artículos científicos discurren sobre los hallazgos y las concreciones de protagonistas seleccionados en la historia de la ciencia, a quienes se les ha dado el privilegio de la posteridad al asociar su apellido a los descriptores clínicos o estructurales de los seres humanos. Lo mismo sucede en otras ciencias de la naturaleza, desde la biología hasta la geografía, como es el caso de las leyes de Mendel o la corriente de Humboldt, por citar dos ejemplos más de epónimos reconocidos.

Si bien puede considerarse que se trata un reconocimiento justo a quien ha logrado definir adecuadamente conceptos, estructuras o manifestaciones dinámicas vistas desde la perspectiva científica, generalmente estos hitos de la historia de la humanidad contienen o, mejor, esconden un gran número de protagonistas anónimos que han hecho posible la construcción definitiva de cada referente que se llega a calificar (o no) con un epónimo. Un buen ejemplo, en el dominio de la microbiología, podría ser el de Shibasaburo Kitasato (1852-1931), estrecho colaborador en Alemania de Emil von Behring (1854-1917) en el descubrimiento y desarrollo de las antitoxinas: solo el segundo investigador se *eponimizó* en la ley de Behring, y solo él recibió el primer premio Nobel de Medicina, en 1901, “por sus trabajos sobre seroterapia, especialmente su aplicación contra la difteria, por la cual ha abierto [en singular] un nuevo camino en el campo de la ciencia médica colocando en manos del médico un arma victoriosa contra la enfermedad y la muerte” [1].

Otro tanto sucedió en los dominios de la biología, con la teoría de la evolución. El Kitasato de Charles Darwin (1809-1882) fue un compatriota suyo Alfred Russel Wallace (1823-1913). Hoy solo hablamos de “darwinismo” o de la teoría de la evolución de Darwin, y no de la teoría de Darwin y Wallace¹. Sobre este caso particular

1 Un ejemplo excepcional de la adecuada asociación de ambos naturalistas, como dos caras de una misma moneda, es la medalla de la Sociedad Linneana de Londres, que se acuñó en 1908 con ocasión del cincuentenario de la publicación de su artículo conjunto sobre la formación de nuevas especies por el mecanismo de selección natural (véase la sección “Imagen de la medicina” en este mismo número).

se presenta un texto de reflexión en la presente edición, con el propósito de reconocer el aporte de Wallace celebrando los siguientes sucesos:

- El aniversario 160 de la publicación *princeps* de Wallace, que sustenta y valida la necesidad de incorporarlo como referente principal en la teoría de la evolución y el mecanismo de la selección natural.
- La visita de Wallace a tierras hoy colombianas, a mediados del siglo XIX.
- La primera edición del libro en el que Wallace refirió su visita al río Guainía (que él llamó río Negro, al navegarlo desde el Brasil).
- El que una copia original de esta primera edición haya sido adquirida por el padre Jesús Emilio Ramírez, S. J. (1904-1981), epónimo hoy de uno de los edificios de la Facultad de Ciencias y esta se conserve hoy en la sección de Libros Valiosos de la Biblioteca Central de la Universidad Javeriana con una dedicatoria manuscrita por el propio Wallace.
- El que el origen del epónimo del darwinismo haya sido, como su padre Robert Darwin (1766-1848) y su abuelo Erasmus Darwin (1731-1802), estudiante de medicina en la Universidad de Edimburgo, Escocia, antes de convertirse en el famoso científico y pensador de las ciencias naturales.

Alberto Gómez Gutiérrez

Referencia

1. Gómez Gutiérrez A. Del macroscopio al microscopio: historia de la medicina científica. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana-Academia Nacional de Medicina; 2002.